

Retablo Incompleto de la Pureza

Muerte, resurrección y muerte
La mujer barbuda

Raúl Cortés

Con un epílogo de DANIEL J. GARCÍA LÓPEZ

Índice

Retablo incompleto de la pureza

Muerte, resurrección y muerte 7

La mujer barbuda 75

Epílogo

Tras el altar, un auto profano 117

Muerte, resurrección
y muerte

*[Eran dos hombres más bien tristes,
acaso dos insignificantes consecuencias].*

EXPURGABUEYES: ¿Ves algo?

CABESTRO: Lo mismo de siempre. ¿Y tú?

EXPURGABUEYES: Más o menos igual.

CABESTRO: ¿Bultos?

EXPURGABUEYES: Bultos.

CABESTRO: Donde hay hombres, solo veo bultos.

EXPURGABUEYES: Bultos por todos lados.

CABESTRO: Caricaturas con el gesto desfigurado.

*[Eran dos hombres pero
podían haber sido dos asombros,
dos suspiros,
el surco de una lágrima].*

EXPURGABUEYES: No veo nada.

CABESTRO: No se ve nada desde hace tiempo.

EXPURGABUEYES: Yo una vez vi una luz, pero se me escapó como un pajarillo asustado.

CABESTRO: Yo, en cambio, no recuerdo haber visto nunca nada.

EXPURGABUEYES: Sin contar los bultos.

CABESTRO: ¡Bultos, sí! Eso sí. Bultos por todos lados.

EXPURGABUEYES: En algún momento serían hombres, digo yo, pero ahora no son más que bultos.

CABESTRO: Caricaturas con el rostro desfigurado.

*[La vida era inercia
y ellos dos, un simulacro].*

EXPURGABUEYES: Pues a mí ya no me supone nada.

CABESTRO: ¿El qué?

EXPURGABUEYES: Ver tan poco.

CABESTRO: Querrás decir no ver nada.

EXPURGABUEYES: Me he acostumbrado. Me he acostumbrado a no ver y no lo echo en falta.

CABESTRO: A todo se acostumbra uno.

*[A unos pasos languidece,
con la extraña quietud de los naufragios,
una flor quebrada].*

CABESTRO: Toma, los cristales. Póntelos.

EXPURGABUEYES: ¿Ya?

CABESTRO: ¿Y por qué no?

EXPURGABUEYES: Cada vez me cuesta más.

CABESTRO: Alguien tendrá que hacer el sacrificio. Póntelos.

*[Y, para desapenumbra las pupilas,
se ajustan sobre la nariz
el culo de una botella].*

EXPURGABUEYES: ¿Y qué hemos conseguido hasta el momento?

CABESTRO: Por eso hay que intentarlo de nuevo.

EXPURGABUEYES: Ni siquiera presta atención.

CABESTRO: Todo llega. Algunas cosas tardan un poco más, pero todo llega.

*[A unos pasos languidece,
bajo un lío de mantas apolilladas
y raídos cordeles,
tapada de los pies a la cabeza,
una flor quebrada.
¿Quién respira aún, y tal vez no quiere,
en la extraña quietud de los naufragios?].*

CABESTRO: Tú, atiende. Atiende de una vez que te vamos a enseñar todo lo que debes saber.

EXPURGABUEYES: Porque si sabes lo que tienes que hacer, todo irá bien.

CABESTRO: ¡Primero!

EXPURGABUEYES: Primero.

CABESTRO: Si vas a decir algo...

EXPURGABUEYES: ¿Vas a decir algo?

CABESTRO: ... Procura que sea claro y conciso.

EXPURGABUEYES: ¿Vas a decir algo?

CABESTRO: Nada de largos discursos. Los alardes son agotadores.

EXPURGABUEYES: ¿Pero va a decir algo?

CABESTRO: Me figuro que sí, algo dirá.

La mujer barbuda

*[Una y otra vez,
el jilguero se desespera
en la jaula.
Una y otra vez,
el jilguero calla,
los barrotes cantan].*

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Esto no es.

JOSÉ, EL CAVADOR: Como serlo, es.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Pero no debería.

JOSÉ, EL CAVADOR: Es lo que puede ser...

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: ... o que no debía ser.

JOSÉ, EL CAVADOR: Como casi todo.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Una aberración.

JOSÉ, EL CAVADOR: No.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Entre la noche y el día
no hay tabiques, pero ni el sol aspira a ser cuarto

menguante ni la luna se viste con las ropas del mediodía.

JOSÉ, EL CAVADOR: A veces, el universo se desordena.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Ya me lo decía mi madre: «Esa barriga es muy rara. Vas a parir una lagartija...».

JOSÉ, EL CAVADOR: Sea lo que sea, es un corazón latiendo.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Dios nos escupe. Nos escupe porque hemos hecho algo malo. Si no nosotros, nuestros padres. Y, si no, los padres de nuestros padres... Llevamos un asiento raro en la sangre. Maldiciones de familia.

JOSÉ, EL CAVADOR: Y, sin embargo, vuela un inocente pajarillo en su mirada.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Si las cosechas se pudren enguachinadas, dirán que el temporal es cosa nuestra.

JOSÉ, EL CAVADOR: Mira como si ya supiera el secreto de las cosas.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: La peste, una plaga de pulgones, las termitas en la madera y hasta un mal aire que trastorne las cabezas...

JOSÉ, EL CAVADOR: Candiles en el bosque a medianoche son sus ojos.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: ... Todo será culpa nuestra.

JOSÉ, EL CAVADOR: Tiene la sonrisa serena.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: ¡Y una enredadera en el bigote! Esa es la maldición: es macho de hocico aunque ninfa entre las piernas.

JOSÉ, EL CAVADOR: Tiernos esquejes, necesitan tiempo para cuajar y florecer.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Nos harán un cerco como el de la luna.

JOSÉ, EL CAVADOR: Cada uno cava sus propias soledades.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Sí, habrá que cavar, pero un agujero en la tierra.

JOSÉ, EL CAVADOR: ¿Un agujero en la tierra? ¡Pajarracos! ¡Pajarracos! Ya alzan el vuelo los pajarracos de tu cabeza...

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Si la encuentran arderá el pasto bajo nuestros pies... Cava.

JOSÉ, EL CAVADOR: Es un corazón que late.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: ¡Cava!

JOSÉ, EL CAVADOR: Yo no siembro sepulturas.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: ¡La guerra! ¡Va a estallar la guerra, lo sabes! En este país, mañana, la

sangre será un río bravo en cada calle. Y todos los muertos, tengan la patria y la bandera que tengan, nos señalarán con odio. Vendrán a por nosotros, por haber traído al mundo esta desgracia que repugna tanto como un perro revolcándose en un bicho muerto.

JOSÉ, EL CAVADOR: Soy su padre.

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: No vuelvas a decir esa palabra, que se te pudra en la boca. ¡Cava!

JOSÉ, EL CAVADOR: ¡Y tú eres su madre!

MARÍA, LA CAVADORA DE TIERRA: Por eso mismo, si puedo cavar yo que la parí, podrás hacerlo tú. ¡Cava!

[Y cavaron con las uñas y con los dientes. Al principio, apenas le ganaron unos centímetros a la tierra. Luego fue un palmo, y después otro y otro... Cavaron dos metros, tres metros y, con espuma en la boca, no dejaban de cavar. Tras los primeros diez metros, llegó un ciento. Cuanta más tierra comían con más hambre la devoraban, como si el mundo se fuese a terminar. Centenares de metros que, pronto, se contarían por miles, decenas de miles...y de tanto cavar y tan hondo, atravesaron, recinto a recinto, los nueve círculos del infierno y allí, en la ciudad del llanto, sepultaron con vida a la indefensa criatura.

EPÍLOGO

Tras el altar, un auto profano

DANIEL J. GARCÍA LÓPEZ*

I. LA SANGRE. En el origen está la sangre. Fueron expulsados del Paraíso por comer del árbol prohibido. Caminar hacia el afuera, ese es el primer castigo. Ostracismo y exilio. Y al caminar engendraron dos hijos. El mayor se dedicó a la agricultura; el menor, al pastoreo. Cuenta el verbo que los celos hicieron derramar la sangre del hermano menor. Caín acabó con la vida de Abel. Rómulo mató a su hermano gemelo Remo. Roma nace de la sangre violentamente derramada. La comunidad se yergue sobre un cadáver.

Comunidad y violencia mantienen un vínculo tan estrecho, tan familiar, que en ocasiones se nos olvida. El acto fundacional que da origen a la comunidad es un acto tremendamente violento que procede precisamente del interior: de aquellos que compartieron el vientre materno. Homicidio entre hermanos. Los muros de la ciudad están teñidos de sangre que ata indisolublemente a la víctima y al verdugo, incluso antes de ser vertida. Porque todos, y este es el funda-

mento primero de la igualdad, podemos ser víctimas y verdugos.*

El pájaro que se alimenta de parásitos (Expurgabueyes) y el buey que sirve de carga (Cabestro) no son más que simples subalternos que cumplen órdenes: la sangre ha de ser derramada a través del cumplimiento de un estricto ritual preparatorio. «La justicia de este país no llora [...] no tiembla [...] no se equivoca [...] no duda», señalan en varias ocasiones los personajes de *Muerte, resurrección y muerte*. La justicia, como nos diría Kafka, se asemeja a una jaula en busca de un pájaro, porque la culpa siempre es indudable.** No se trata de que esta siga a la condena, sino al contrario: se hace culpable para poder ser juzgada. Por eso La Garabato es nombrada precisamente por quienes construyen el proceso. Y al nombrarla se hace culpable.

El rito del proceso judicial no admite demoras. Han de realizarse todos los pasos, uno a uno. No se puede alterar el orden: hay diez pasos y todos han de

* Roberto Esposito, *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 2007, pp. 37 y 38 y «Comunidad y violencia», en *Minerva*, n.º 12, 2009, pp. 72-76.

** Franz Kafka, «Consideraciones sobre el pecado, el sufrimiento, la esperanza y el camino verdadero», en *Meditaciones*, Edimat, 1998, p. 84 y «En la colonia penitenciaria», en *La condena*, Ed. Alianza, Madrid, 1974, p. 120.